

Las ciudades de Poniente

Antonio Pereira

Anaya & M. Muchnik. Madrid, 1994. 191 páginas, 1.200 pesetas

ESTE volumen, compuesto por veintiséis cuentos breves -y varios de ellos brevísimos-, aparece avalado por el premio «Torrente Ballester» de narrativa, circunstancia que no constituye una sorpresa especial, porque, en el intrincado territorio del cuento literario, Antonio Pereira (Villafranca del Bierzo, León, 1923) es un formidable explorador y un adversario temible. Lo acreditan sobradamente media docena de títulos, desde «Una ventana a la carretera» (1967) hasta «Picassos en el desván» (1991). Además, es preciso destacar que los libros de cuentos del notable narrador no han ido sucediéndose mecánicamente. A medida que el escritor se afianzaba en el género iba ganando en brevedad discursiva y reducía cuidadosamente el cuerpo de los relatos a unas cuantas líneas esenciales, dando cada vez mayor cabida a la elipsis, a los sobrentendidos, a la sugerencia velada. El camino hacia la desnudez se ha visto enriquecido por un perceptible adensamiento de las historias, a menudo aparentemente nimias y, sin embargo, repletas de complejas implicaciones que convierten muchos cuentos en compendios cifrados de algo que en manos de otros autores hubiera requerido una prolija extensión.

Quiere esto decir que pocas veces se hallarán textos en los que la colaboración activa del lector sea más necesaria. Se diría que Pereira nos regala fragmentos, piezas faltas de elementos que a cualquiera se le antojarían esenciales y que el lector debe reponer, porque muchos datos de la historia se han eliminado de la superficie del texto o se mantienen en una borrosa indeterminación. Si no actúa la complicidad del lector, si éste no comparte con el autor una parcela de experiencias y conocimientos, es imposible apreciar debidamente un cuento magistral como el titulado «Los preventivos», que en poco más de dos páginas resume contenidamente toda una época. Los desenlaces elusivos, no explícitos, apoyados por el escamoteo de datos, presiden la composición de cuentos como «La hueste», «El señor de los viernes» o el que cierra el volumen, que lleva como título «Don Eloy deje salir a Dorita o me mato».

Muchos de estos relatos se organizan en torno a levísimas anécdotas, y es entonces cuando brilla de modo especial la extraordinaria destreza para contar que posee Antonio Pereira, su capacidad para ensartar y articular hechos desde diversos ángulos, alternando con habilidad los tiempos del relato y sin que la narración pierda casi nunca ciertos rasgos de la oralidad que podrían atribuirse a la tradición del «filandón leonés». Los personajes de estos cuentos son gentes provincianas, tertulianos de café y tresillo, e incluso hay algunos seres reales, como Jorge Guillén. El don Antonio del cuento «El asturiano de Delfina» -que tantos recuerdos personales encierra- es sin duda don Antonio González de Lama, emotivamente evocado en sus tertulias diarias en la biblioteca con palabras casi idénticas a las de un artículo rememorativo del propio Pereira fechado en 1980. Realidad y ficción, historia personal y reelaboración artística se funden con absoluta naturalidad en el crisol de un lenguaje rico y expresivo, aprendido de oído, muy alejado de la prosa monocorde con que bastantes aficionados a escribir aspiran a ser escritores. Pereira puede escoger el vocablo de fuerte sabor local -«ni un esparajismo tuvo la parturienta» (pág. 16)- o lanzarse con fino instinto a la creación audaz «los pasillos estrechos alcahuetaban a algunos clientes que hojeaban los libros» (pág. 103).

Abundan las percepciones agudas y novedosas: «Decididamente, se había puesto a envejecer por dentro, y no puede decirse que tuviera edad para tanto» (pág. 98). O bien, al narrar un viaje en automóvil con don Antonio: «El coche se llenó enseguida de olor a cura que fuma; no a hombre que fuma. O sea, como una mezcla de picadura fuerte más el rastro de incienso de la catedral y flecos del polvillo de los libros de la Biblioteca» (pág. 63). Difícilmente podría ofrecerse una silueta más original, precisa y abarcadora del personaje, y también menos previsible. Pero no es un caso buscado con especial afán para ofrecerlo como muestra. Lo cierto es que todos los cuentos de «Las ciudades de Poniente» -y esto no sorprenderá a los lectores de Pereira- están salpicados de hallazgos de esta naturaleza, indicios variados e inconfundibles que evidencian una vez más, por si alguna duda existía, la envidiable madurez del escritor.

Ricardo SENABRE